LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

San Juan Eudes

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: SE. 4.356-2012
ISBN: 978-84-7770-268-9
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

Capítulo I

El divino Corazón de Jesús es la corona de la gloria del santísimo Corazón de María

No es justo separar dos realidades que Dios ha unido tan estrechamente con los lazos más fuertes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Me refiero al divino Corazón de Jesús, Hijo único de María y al Corazón virginal de María, Madre de Jesús. El Corazón del mejor Padre que pueda existir y de la mejor Hija que haya existido y existirá siempre; el Corazón del más divino de los esposos y de la más santa de las esposas; el Corazón del más amable de todos los Hijos y de la más amante de todas las Madres. Son dos corazones unidos por el mismo espíritu y el mismo amor que une al Padre de Jesús con su Hijo amadísimo hasta no formar sino un solo Corazón, no en unidad de esencia como lo es la unidad

del Padre y del Hijo, sino de sentimiento, de afecto y de voluntad.

Estos dos corazones de Jesús y de María se hallan unidos tan íntimamente que el Corazón de Jesús es el principio del Corazón de María como el creador es el principio de su criatura; y que el Corazón de María es el origen del Corazón de Jesús como la madre es el origen del corazón de su hijo.

¡Prodigio admirable! El Corazón de Jesús es el corazón, el alma., el espíritu y la vida del Corazón de María. No tiene éste actividad ni sentimiento sino por el Corazón de Jesús. A su vez, el Corazón de María es la fuente de la vida del Corazón de Jesús, residente en sus benditas entrañas, como el corazón de la madre es el principio de la vida del Corazón de su hijo.

Finalmente el Corazón adorable de Jesús es la corona y la gloria del amable Corazón de la Reina de los Santos. Como también el Corazón de María es la gloria y la corona del Corazón de Jesús porque le tributa más honor que todos los corazones del paraíso.

Por eso, después de explicar las maravillas del sagrado Corazón de Jesús, dedi-

caremos una segunda parte para hablar del Corazón augusto de María. ¿Pero qué podremos decir sobre un tema que es inefable, inmenso, incomprensible e infinitamente elevado por encima de las luces de los querubines? Las lenguas de los serafines serían demasiado débiles para hablar dignamente de la más mínima centella de esa hoguera abrasada por el divino amor. ¿Cómo un miserable pecador, lleno de tinieblas e iniquidad, se atreverá a acercarse a ese abismo de santidad? ¿Cómo osará mirar ese formidable santuario cuando golpean sus oídos aquellas terribles palabras: *tiemblan ante mi santuario*[1]. *«Señor Jesús, lava en mí mis iniquidades para que merezca entrar con espíritu purificado en el Santo de los santos»*, con puros pensamientos y palabras encendidas en aquel fuego celestial que trajiste a la tierra y abrasa en él el corazón de los lectores.

1. Lev. 26,2.

Capítulo II

El Corazón de Jesús es una hoguera de amor al Padre Eterno

Infinidad de razones nos obligan a tributar adoraciones y honores al divino Corazón de nuestro Salvador. Ellas están contenidas en las palabras de San Bernardino de Siena que llama a ese Corazón: Hoguera de ardentísima caridad para inflamar y abrasar el universo entero[1].

En efecto, el Corazón admirable de Jesús es una hoguera de amor a su Padre, a su santa Madre, a su Iglesia y a cada uno de nosotros, como se verá en los capítulos siguientes.

Pero ¿qué espíritu podría imaginar y qué lengua expresar la menor chispa de esa hoguera infinita del divino amor que abrasa el Corazón del Hijo de Dios hacia su Padre? Se trata de un amor digno de tal Padre y de tal Hijo. Es amor a la altura de las perfecciones del ser amado. Es un Hijo infinitamente amante quien ama a un Padre infinitamente

1. Sermo 514, de Passione Dom. p. 2, tit. 1.

digno de amor. Es un Dios que ama a un Dios. Es amor esencial que ama al amor eterno. Es amor inmenso, incomprensible e infinito. En una palabra el Corazón de Jesús, tanto en su divinidad como en su humanidad, se encuentra más abrasado de amor hacia su Padre, y lo ama infinitamente más en cada instante, que los corazones de los ángeles y de los santos en toda la eternidad.

Y como no existe amor más grande que el dar la vida por el amado, el Hijo de Dios ama tanto a su Padre que estaría listo a sacrificarla de nuevo, como la sacrificó en la cruz, y con los mismos tormentos, por amor a su Padre, si tal fuera su beneplácito. Y como es amor inmenso estaría listo a sacrificarla por todo el universo. Y como es amor eterno e infinito, estaría dispuesto a sacrificarla eternamente, infinidad de veces y con dolores infinitos.

¡Oh Padre, Creador, vida y Señor del universo! Nada en el mundo es tan digno de amor como Tú. Tus perfecciones infinitas y tus bondades indecibles imponen a tus criaturas obligaciones infinitas de servirte, honrarte y amarte con todas sus fuerzas. Y, sin embargo, nada hay en el mundo que sea tan poco amado como Tú, tan despreciado

y ultrajado como Tú. *Me han odiado a Mí y a mi Padre*[1], dice tu Hijo Jesús: *gratuitamente me han odiado*[2] a Mí que en cambio los he colmado de beneficios. Pues multitud de demonios y condenados profieren en el infierno millones de blasfemias contra tu majestad y la tierra está llena de infieles, de herejes y de falsos cristianos que te tratan como si fueras su peor enemigo.

Pero dos cosas me consuelan y alegran. La primera es que tus perfecciones y grandezas, Dios mío, son tan admirables y sientes tal complacencia en el amor infinito de tu Hijo por Ti y en lo que hizo y sufrió para reparar las injurias de tus enemigos que éstos no podrán jamás arrebatarte el menor brillo de tu gloria y felicidad.

La segunda es que Jesús, tu Hijo, que por bondad extrema quiso ser nuestra Cabeza para que fuéramos sus miembros, nos ha asociado con él en el amor que te tiene y nos ha permitido, por consiguiente, amarte con su mismo amor que es, en cierta manera, eterno, inmenso e infinito.

1. Juan 15,24.
2. Juan 15,25.

Para que lo comprendas bien ten en cuenta estos tres puntos: el primero es que el amor del Hijo de Dios a su Padre es eterno, no pasa, subsiste siempre, estable y permanente. El segundo, que ese amor lo llena todo con su inmensidad y por lo mismo está en nuestros corazones, *más íntimo en nosotros que nosotros mismos*, como dice San Agustín. El tercero, que el Padre de Jesús *nos ha dado todas las cosas*[1] al darnos a su hijo y por consiguiente el amor del Hijo de Dios por su Padre nos pertenece y podemos usar de él como de algo propio.

Puedo, pues, amar a su Padre y mi Padre con el mismo amor con que mi Salvador lo ama, con amor eterno, inmenso e infinito. Y para llevarlo a la práctica puedo decir de esta manera:

«Me doy a ti, Salvador mío, para asociarme al amor que tienes a tu Padre. Te ofrezco, Padre adorable, ese amor eterno, inmenso e infinito de tu Hijo Jesús, como algo que me pertenece y así como el Salvador nos dice: *Os amo como mi Padre me*

1. Ro. 8,32.

ama, a mi vez puedo decirte: Te amo, Padre, como tu Hijo te ama».

Y puesto que el amor del Padre por su Hijo es tan mío como el amor del Hijo por su Padre, puedo también usar de ese mismo amor del Padre por su Hijo, como de un amor mío; lo que puedo poner en práctica así:

«Me doy a Ti, Padre de Jesús, y me uno al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Hijo amado. Te ofrezco, Jesús, el amor eterno, inmenso e infinito de tu Padre por Ti, como un amor que me pertenece». Y así como este amado Redentor nos dice: *Os amo como mi Padre me ama* yo puedo a mi turno decirle: te amo, Salvador mío, como tu Padre celestial te ama.

¡Qué felicidad para nosotros que el Padre eterno nos haya hecho don de su Hijo y de todas las cosas con él y no sólo para que fuera nuestro Redentor y nuestro hermano sino también nuestra Cabeza! ¡Qué privilegio ser miembros del Hijo de Dios y por lo mismo una sola cosa con Él, y tener con Él un mismo espíritu, un mismo corazón y un mismo amor para amar a su Padre!

No es de extrañar, pues, que hablando de nosotros al Padre celestial le diga Jesús:

Los amaste como me amaste a Mí[1] y que le ruegue que siempre nos ame así: *Que el amor con que me amaste a Mí permanezca en ellos*[2]. Porque si amamos a ese Padre tan digno de amor como su Hijo lo ama no puede sorprendernos que nos ame como ama a su Hijo porque nos mira en Él como miembros de su Hijo que son una sola cosa con Él y que lo aman con el mismo Corazón y el mismo amor que su Hijo.

Que el cielo y la tierra y todo ser creado se conviertan en llama pura de amor a este Padre de misericordia y al Hijo único de su amor, así lo llama San Pablo cuando dice: *Nos trasladó al reino del Hijo de su amor*[3].

Capítulo III

El Corazón divino de Jesús es una hoguera de amor a su santa Madre

Nada tan fácil como probar esta verdad.

1. Juan 15,23.
2. Juan 17,26.
3. Col. 1,13.

Las gracias inconcebibles con las que nuestro Salvador ha colmado a su santa Madre demuestran que tiene por ella un amor sin medida y que después de su Padre celestial es el primero y el más digno objeto de su amor. Su Hijo la ama incomparablemente más que a todos sus ángeles, sus santos y todas las criaturas.

¿De cuántos privilegios la ha colmado?

—En primer término esta santa Virgen es la única a la que el Hijo de Dios escogió desde toda la eternidad para elevarla por encima de todo ser creado, para sentarla en el más encumbrado trono de la gloria y de la grandeza y para darle la más admirable de todas las dignidades, la de Madre de Dios.

—Descendamos de la eternidad a la plenitud de los tiempos y veremos como esta sagrada Virgen es la única entre los hijos de Adán a quien Dios, por privilegio especial, preservó del pecado original. En testimonio de ello la Iglesia celebra todos los años la fiesta de su Concepción inmaculada por toda la tierra.

—El amor del Hijo de Dios no sólo preservó a su Madre del pecado original; también la llenó desde el momento de su con-

cepción de una gracia tan eminente que al decir de grandes teólogos superaba la gracia del primero de los serafines y del más grande de los santos.

—Por otro privilegio sólo ella comienza a conocer y a amar a Dios, desde el primer momento y lo ama con mayor fervor que los más encendidos serafines.

—Sólo ella lo ha amado continuamente, sin interrupción, durante toda su vida. Se dice por ello que sólo hizo un acto de amor desde el primero hasta el último instante de su vida.

—Sólo ella cumplió a la perfección el primero de los mandamientos: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*[1] (...).

—Ella es la única que hizo nacer de su propia sustancia a Aquél que nació desde toda la eternidad en el seno de Dios, de la sustancia de su Padre. Sí, ella dio parte de su sustancia virginal y de su sangre purísima para formar la santa humanidad del Hijo de Dios. Y colaboró con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la unión de su sustan-

1. Dt. 6,5.

cia con la persona del Hijo de Dios: así cooperó a que se realizara el misterio de la Encarnación, el mayor milagro que Dios ha hecho y podrá hacer jamás.

—Y esa sangre purísima y esa carne virginal que ella aportó en ese misterio permanecerán unidas para siempre, mediante la unión hipostática, a la persona del Verbo encarnado. Sangre virginal y carne preciosa que se han hecho adorables en la humanidad del Verbo de Dios y que por siempre serán en él adoradas por los ángeles y los santos.

—Esta Madre admirable proporcionó también la carne y la sangre para formar el corazón del Niño Jesús; corazón que tomó su alimento y crecimiento de esa misma sangre, durante los nueve meses de su permanencia en las benditas entrañas de la Virgen, y de su leche virginal en sus primeros años.

—Sólo esta Virgen incomparable hizo de padre y de madre con respecto a un Dios y se vio obedecida por el soberano monarca del universo, lo que significa para ella más honor que si recibiera los homenajes de todo cuanto Dios podría crear.

—Sólo ella es Madre y Virgen. Ella sola

llevó en sus benditas entrañas, durante nueve meses, a Aquél a quien el Padre celestial lleva en su seno por toda la eternidad.

—Sólo ella alimentó con su seno e hizo vivir al que es la vida eterna y da la vida a todos los seres vivientes.

—Sólo ella, en compañía de San José, permaneció continuamente con el adorable Salvador durante treinta y cuatro años.Es admirable que el divino Redentor que vino al mundo para salvar a todos los hombres, sólo les predicó tres años y tres meses de su vida, mientras permaneció más de treinta con su Madre para santificarla siempre más y más. ¿Cuántos torrentes de gracia y de bendiciones derramaba incesantemente durante aquel tiempo en su bendita Madre, dispuesta siempre a recibirlos? ¡Con cuántos ardores y llamas celestiales el divino Corazón de Jesús, hoguera de amor, abrasaba siempre más y más el Corazón virginal de su santa Madre! Especialmente cuando esos dos corazones estaban cercanos y estrechamente unidos como cuando lo llevaba en sus entrañas, cuando le daba su seno, cuando lo mecía en sus brazos y lo reclinaba en su pecho, y durante el tiempo en que vivía familiarmente con Él, como

una madre con su hijo, en que comía y bebía con Él, oraba a Dios con Él, oía las palabras que salían de su boca adorable, como carbones ardientes que encendían siempre más su Corazón con el fuego del amor divino.

—¿Después de éste quien podría expresar en qué manera el Corazón de la Madre del Salvador se hallaba abrasado de amor a Dios? Ciertamente hay motivos para creer que si su Hijo no la hubiera conservado milagrosamente hasta la hora que le había fijado para llevarla al cielo, ella hubiera muerto de amor no una sino miles de veces.

—Sólo esta virgen maravillosa, después de su Hijo, ha sido transportada en cuerpo y alma al cielo, de acuerdo con la tradición y el sentir de la Iglesia que celebra esta solemnidad por todo el mundo.

—Sólo ella ha sido elevada por encima de los coros de los ángeles y de los santos. Sólo ella colocada a la diestra de su Hijo. Sólo a ella coronaron como reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres y soberana del universo. Sólo ella tiene todo poder sobre la Iglesia triunfante, militante y sufriente. *En Jerusalén se halla*

mi poder[1]. Ella sola tiene más valimiento cerca de su Jesús que todos los ciudadanos del cielo juntos. *A ti se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*[2].

—San Anselmo señala otro privilegio con estas palabras: *Si tú, Señora, callas, nadie orará, nadie prestará ayuda; pero si tú oras todos (los santos) orarán, todos ayudarán.*

He aquí un gran número de privilegios con que nuestro Salvador ha honrado a su santa Madre. ¿Quién lo obligó a ello? El amor ardentísimo de su Corazón filial hacia ella. ¿Y por qué la ama tanto?

1. Porque ella es su Madre de quien recibió nuevo ser y nueva vida.

2. La ama más que a todas las criaturas juntas porque ella tiene por él más amor que todos los seres creados.

3. La ama ardientemente porque ella ha colaborado con él en su obra máxima de la redención del mundo. Cooperó dándole un cuerpo mortal y capaz de padecer para sobrellevar los sufrimientos de su pasión; pro-

1. Eccli. 24,11.
2. Mt. 28,18.

porcionándole la sangre preciosa que derramó por nosotros; dándole la vida que sacrificó por nuestra salvación y ofreciendo ella misma en sacrificio, al pie de la cruz, ese cuerpo, esa sangre y esa vida.

Y si este amado Salvador ha amado de tal manera a su divina Madre, ¿cómo no estaremos nosotros obligados a amarla, servirla y honrarla en todas las formas posibles? Amémosla, pues, al mismo tiempo que a su Hijo Jesús. Y si los amamos, odiemos lo que ellos odian, amemos lo que ellos aman. No tengamos sino un corazón con ellos. Un Corazón que deteste cuanto ellos detestan, es decir el pecado, en especial los pecados contrarios a la caridad, a la humildad y a la pureza; y un corazón que ame lo que ellos aman, en particular a los pobres, las cruces y todas las virtudes cristianas. ¡Alcánzanos, Madre de bondad, esta gracia de tu Hijo!

Capítulo IV

Otro privilegio con el que nuestro Salvador honra a su santa Madre

Hay otro privilegio con el que el Hijo de Dios glorifica a su santa Madre y que sobrepasa los anteriores. Es que no sólo ella estará eternamente asociada en el cielo a la más alta dignidad del Padre eterno que es su adorable paternidad, sino que posee y poseerá por siempre, ella sola, la misma autoridad de Madre que poseía en la tierra y que señalan aquellas palabras: *Y siguió bajo su autoridad*[1]. Lo cual es para ella más glorioso que si tuviera el imperio de cien millones de mundos. Porque, aunque su Hijo la sobrepasa infinitamente en gloria, en poder y en majestad, Él, sin embargo la mirará y honrará eternamente como a su verdadera Madre.

La condición de Hijo de Dios, dice San Ambrosio, no lo dispensaba, cuando estaba en la tierra, de la obligación divina y natural que tenía, como los demás hijos, de obe-

1. Lc. 2,51.

decerle como a su Madre. Tal sumisión no era humillante sino honrosa porque era voluntaria; *no era fruto de incapacidad sino de piedad.*

En fin, muchos santos doctores coinciden en afirmar que la Madre del Salvador tenía verdadera autoridad sobre su Hijo sea por derecho de naturaleza sea como efecto de la bondad y de la humildad de ese mismo Hijo. El más excelente de los títulos de esta divina Virgen, dice el piadoso Gerson, es el de Madre de Dios porque *le da autoridad y ascendiente natural sobre el Señor de todo el mundo*[1]. No se puede pensar que su Hijo le otorgara ese poder mientras ella estaba en la tierra y se lo retirara desde que ella reina en el cielo; no tiene en efecto menos respeto y amor por ella en el cielo del que le tenía en la tierra.

Es, pues, justo pensar que no es menos poderosa en el cielo que lo que era en la tierra y que conserva aún en el cielo alguna autoridad sobre su Hijo. *Uno mismo es el poder de la Madre y del Hijo*, dice Arnoldo de Chartres; y Ricardo de Saint-Laurent:

1. Serm. de Annunt.

ella fue hecha omnipotente por el Hijo omnipotente. El Hijo y la Madre tienen la misma carne, el mismo Corazón y la misma voluntad, por ello, en cierta manera, tienen el mismo poder.

Escuchemos las magníficas palabras con las que Jorge, arzobispo de Nicodemia, se dirige a María: *«Nada puede resistir a tu poder; todo cede a tu fuerza y tus mandatos; todo obedece a tu imperio; el que de ti nació se elevó por encima de todo; tu Creador saca gloria de tu gloria y se siente honrado por los que te honran; tu Hijo se regocija al contemplar el honor que te tributamos. Como si cumpliese obligaciones contigo, te concede gustoso todo cuanto le pides; nada, oh Virgen, resiste a tu poder; tu Hijo considera como propia tu gloria y, como pagando una deuda, escucha tus súplicas»*[1].

Sabemos con certeza, dice San Anselmo, que la santa Virgen rebosa de tal manera de gracia y de mérito que alcanza siempre sus deseos[2].

Es imposible, dice San Germán de

1. Orat. de oblat. Deiparae.
2. De excel. Virg. cap. 12.

Constantinopla, que no sea escuchada en todo y en todas partes puesto que su Hijo está siempre sometido a todas sus voluntades[1].

Por doquiera el asombro, por doquier el milagro, dice San Bernardo. Que Dios obedezca a una mujer, es humildad sin antecedentes y que una mujer dé órdenes a Dios es sublimidad sin nada semejante. De ahí que San Pedro Damiano se atreva a decir que la Virgen bondadosa se presenta en el cielo ante el sagrado altar de nuestra reconciliación *no sólo suplicante sino imperante*[2]. *Ruega al Padre, da órdenes al Hijo con el derecho de Madre,* canta la Iglesia de París en una secuencia.

Si alguien objeta que eso equivale a colocar la criatura por encima de su creador, yo le preguntaré si la divina Palabra eleva a Josué por encima de Dios cuando dice que el sol se detuvo y que Dios obedeció a la voz de un hombre[3]. No, no es colocar a la criatura sobre el creador, es que el Hijo de Dios tiene tal amor y respeto por su divina

1. Serm. 2 in B. Mariae Dormit.
2. Serm. 1 de Nativ. B. Mariae.
3. Jos. 10,14.

Madre que su súplica equivale a un mandato.

La bienaventurada Virgen, dice San Alberto el Grande, puede no sólo implorar a su Hijo sino también darle órdenes con autoridad materna. Esto pedimos con estas palabras: *Monstra te esse Matrem: muestra que eres Madre*, plegaria que la Iglesia le dirige a menudo, mucho le agrada y es de gran utilidad para nuestras almas. Es como si le dijéramos: sacratísima Madre de Dios, haz que conozcamos las bondades incomparables de que rebosa tu Corazón maternal para con tus hijos indignos; concédenos comprobar el gran poder que ese Corazón benigno tiene sobre el Corazón misericordioso de tu Hijo amadísimo. *Muestra que eres Madre y que el que quiso nacer de ti acoja nuestras súplicas por tu intercesión.*

Capítulo V

El amor infinito de Jesús a su santa Madre colmó de dolores su divino Corazón

Así como el corazón adorable de nues-

tro Salvador estaba inflamado de amor infinito por su santa Madre, también fueron inconcebibles sus dolores al verla sumergida en un océano de tribulaciones en el momento de su Pasión. Desde que la santa Virgen fue Madre de nuestro Redentor libró un continuo combate de amor dentro de su Corazón. Porque, conociendo que era voluntad de Dios que su Hijo amadísimo sufriera y muriera por nuestra salvación, el amor ardentísimo que ella tenía a la divina Voluntad y a la salvación de los hombres la colocaba, por una parte, en total sumisión a las disposiciones divinas. Y por otra parte su amor incomparable de Madre hacia su amadísimo hijo le causaba dolores indecibles a la vista de los tormentos que debía padecer por la redención del mundo.

Los santos juzgan que al llegar el día de su Pasión, dado el amor y la obediencia con que se comportaba siempre con su santa Madre y según la bondad que tiene para consolar a sus amigos en las aflicciones, antes de entrar en sus sufrimientos, se despidió de su queridísima Madre. Y para hacerlo todo dentro de la obediencia, tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, pues no conocía otra distinta de la

de ese divino Padre, le pidió licencia para ejecutar lo ordenado por su Padre eterno; le comunicó que era voluntad de su Padre que ella lo acompañara hasta el pie de la cruz y una vez muerto envolviera su cuerpo en un lienzo para depositarlo en el sepulcro, y le dio consignas sobre lo que debía hacer y dónde debía permanecer hasta que hubiera resucitado.

Es probable también que le hubiera dado a conocer lo que Él iba a padecer para prepararla y para disponerla a acompañarlo espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y, dado que los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declaraban recíprocamente mediante palabras pero sus ojos y sus corazones se entendían entre sí y se comunicaban mutuamente sus aflicciones. Mas el amor perfectísimo de ambos y su total conformidad a la voluntad divina no permitía la menor imperfección en sus sentimientos naturales. Por un lado el Salvador era el Hijo único de su amadísima Madre y sentía inmensamente sus dolores y, por otro, era su Dios y quería fortalecerla en la mayor desolación conocida. La consolaba con sus palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su corazón

y con nuevas gracias que derramaba en su alma para que pudiera soportar y vencer los inmensos dolores que le estaban preparados. Eran éstos tan grandes que si hubiera podido sufrir en lugar de su queridísimo Hijo habría soportado más fácilmente sus propios tormentos que verlos padecer por Él; le hubiera sido más llevadero dar su vida por Él que verlo sufrir suplicios tan atroces. Pero como Dios dispuso las cosas de otra manera, ella ofrecía su Corazón y Jesús su cuerpo para que cada uno padeciese lo que Dios había dispuesto. María sufría los tormentos de su Hijo y los suyos propios en la parte más sensible que es el Corazón y Jesús sufría en su cuerpo sufrimientos inexplicables y en su Corazón los inconcebibles de su santa Madre.

El Salvador se despidió de su santa Madre y fue a hundirse en el océano inmenso de sus dolores. Su desolada Madre permanecía en continua oración y lo acompañaba interiormente. Aquel triste día comenzó para ella con plegarias, lágrimas, agonías íntimas, en sumisión perfecta a la Voluntad divina; ella decía con su Hijo en el fondo de su Corazón, lo que Él dijo a su Padre en la agonía del huerto de los Olivos: *Pa-*

dre, que no se haga mi voluntad sino la tuya[1].

La noche de la prisión de nuestro Redentor en el huerto, los judíos lo llevaron atado, primero a casa de Anás, luego a la de Caifás; allí cansados de burlarse de Él y de ultrajarlo de mil modos, se retiró cada uno a su casa. Jesús permaneció prisionero en la misma casa hasta que llegó el día.

San Juan Evangelista salió de la casa de Caifás, sea por orden recibida de Nuestro Señor, sea por alguna inspiración divina y se dirigió a la casa de la santa Virgen para informarla de lo sucedido. ¡Oh Dios! ¿quién podría expresar las tristezas, dolores y lamentaciones que se cruzaron entre la Madre de Jesús y su discípulo amado, cuando éste le refería lo hasta entonces acontecido? Ciertamente los sentimientos y angustias de ambos fueron indescriptibles. Se hablaba más con el corazón que con los labios, y con las lágrimas más que con palabras, en especial la santa Virgen porque, como su inmensa modestia no le permitía palabras ofuscadas, su Corazón sufría lo inimaginable.

1. Lc. 22,42.

Luego, viendo llegado el momento de ir a buscar y acompañar a su Hijo único en sus tormentos, salió de su casa al despuntar el día, imitando al divino Cordero en el silencio, como oveja muda, bañando el camino con sus lágrimas y enviando al cielo los ardientes suspiros de su Corazón. Que los devotos de esta Virgen desolada caminen en adelante por ese camino y la acompañen doloridos en sus pesares.

Los judíos llevan al Salvador a la casa de Pilatos y de Herodes entre ultrajes y baldones; la afligida Madre no pudo contemplar al Hijo a causa de la multitud y la algazara de la plebe, hasta el momento en que Pilato lo mostró al pueblo, flagelado y coronado de espinas. Fue entonces cuando al oír los gritos del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias y blasfemias de los judíos contra su Hijo, su Corazón padeció dolores inmensos y *sus ojos derramaron fervientes lágrimas*[1]; como ella había puesto en Él todo su amor, aunque la presencia de su Hijo era lo que más la afligía, la deseaba por encima de todo. Y es que el amor

1. Lc. 2,18.

conoce tales excesos cuando soporta menos la ausencia del ser amado que el dolor, por grande que sea, que la causa su presencia.

Entre semejantes amarguras y angustias esta santa oveja suspiraba por ver a su divino Cordero. Finalmente lo vio desgarrado, de la cabeza a los pies, por los latigazos, con su cabeza traspasada por crueles espinas, con el rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de caña en la mano y vestido con un manto de burla. Él sabía que su Madre estaba allí y ella sabía que su divina Majestad leía los sentimientos de su corazón, traspasado de dolores no menos inmensos que los que Él llevaba en su cuerpo.

Allí oyó los falsos testimonios que esgrimían contra Él y cómo lo posponían al ladrón y homicida Barrabás. Allí escuchó millones de voces furibundas que gritaban: *¡Fuera, fuera, crucifícalo!*[1]. Allí conoció la sentencia de muerte pronunciada contra el autor de la vida. Allí vio la cruz en que iba a ser crucificado y cómo, con ella sobre las

1. Juan 19,5.

espaldas, empezó a caminar hacia el Calvario. Ella, siguiendo sus huellas sangrientas, bañaba el camino con tantas lágrimas como sangre vertía Jesús: también ella, cargaba con la cruz dolorosísima que sufría en su corazón, como Él la llevaba en sus hombros.

Finalmente llegó ella al Calvario, acompañada de las santas mujeres que se esforzaban por consolarla. Pero ella callaba, a imitación del manso Cordero y sufría dolores inconcebibles al oír los martillazos de los verdugos sobre los clavos que fijaban a su Hijo en la Cruz. Y como estaba tan débil por haber pasado en vela y llorando toda la noche y por no haber tomado alimento para sostenerse, cuando vio a aquél que amaba infinitamente más que a sí misma, levantado y clavado en la cruz, con tan crueles dolores, sin poder prestarle ningún alivio, se desmayó entre los brazos de quienes la acompañaban como acontece habitualmente en los excesivos dolores. Sus lágrimas se detuvieron, quedó sin color y temblorosa, hasta que su Hijo le dio nuevas fuerzas para que lo acompañara hasta la muerte.

Entonces, vertiendo nuevos torrentes de

lágrimas empezó a padecer otro martirio de dolores a la vista de su Hijo colgado en la cruz. Ello no le impedía ejercer su oficio de mediadora ante Dios en favor de los pecadores, cooperando a su salvación con su Redentor y ofreciendo por ellos al Padre eterno su sangre, sus sufrimientos y su muerte con el deseo ardiente de su felicidad eterna. El amor indecible por su amado Hijo, le hacía temer verlo expirar y morir y, al tiempo, la llenaba de dolor ver como se prolongaban sus tormentos que no terminarían sino con la muerte. También ella deseaba que el Padre celestial suavizara el rigor de su suplicio y asimismo quería conformarse totalmente a las disposiciones de ese Padre adorable. Y así el amor divino hacía nacer en su Corazón un combate en tan contrapuestos deseos y sufrimientos que por provenir de ese mismo amor le causaban dolores inexplicables.

La sacratísima Oveja y el divino Cordero se miraban y se entendían el uno al otro y se comunicaban sus dolores que eran tales que sólo podían comprenderlos los corazones del Hijo y de la Madre. Por amarse perfectamente sufrían juntos esos crueles tormentos porque el amor mutuo que se pro-

fesaban era la medida de sus dolores. Quienes los consideren no los podrán entender si están lejos de comprender el amor de tal Hijo por su Madre y de tal Madre por su Hijo.

Los pesares de la santa Virgen crecían y se renovaban continuamente con los nuevos ultrajes y tormentos que la rabia de los judíos descargaban sobre su Hijo. ¿Qué dolor sentía al oírle gritar aquellas palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*[1]. ¡Qué amargura cuando vio que le daban hiel y vinagre en el ardor de su sed! ¡Qué congoja cuando vio que le traspasaban el Corazón con una lanzada! ¡Qué pesadumbre al recibirlo muerto entre sus brazos, una vez bajado de la cruz! ¡Qué tristeza cuando le arrebataron su santo cuerpo para encerrarlo en el sepulcro! ¡Con qué pesar se retiraría a su casa a esperar la resurrección! Ciertamente esta divina Virgen hubiera preferido sufrir todos los dolores de su Hijo antes que ver cómo padecía.

El amor perfecto obra en los corazones que se esfuerzan por imitar a su divino Pa-

1. Mt. 27,46.

dre y a su buena Madre el hacerles soportar con gusto sus propias aflicciones y sentir vivamente las del prójimo de manera que les es más fácil sobrellevarlas personalmente que mirar como las sufren los demás. Esto hizo nuestro Salvador durante su vida y particularmente en el día de su Pasión. Porque sabiendo que Judas lo había vendido demostró mayor tristeza por su condenación (cuando dijo que le hubiera valido mejor no haber nacido) que por los tormentos que iba a sufrir por causa de su traición.

También hizo ver a las mujeres que iban llorando detrás de Él cuando llevaba su cruz cómo le eran más sensibles las tribulaciones que ellas y la ciudad de Jerusalén iban a sufrir que todo lo que Él padecía. *Hijas de Jerusalén —les decía— no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegará el momento en que se diga: Dichosas las estériles, y los vientres que no han dado a luz y los senos que no han amamantado*[1].

En el momento mismo en que estaba clavado en la cruz, olvidado de sus propios

1. Lc. 23,28-29.

suplicios, demostró que las necesidades de los pecadores le eran más sensibles que sus propios sufrimientos, cuando pidió a su Padre que los perdonara. El amor que Él tiene por sus criaturas le hacía sentir sus males más que los suyos propios.

Por eso uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que sus propios dolores físicos, era ver sumergida en un mar de amarguras a su santa Madre. Tenía por ella más amor que por todas las criaturas juntas. Era ella la mejor de todas las madres, la compañera fidelísima de sus viajes y trabajos. Y por ser inocentísima no merecía esos padecimientos. Era una Madre que estaba más llena de amor por su Hijo que los corazones de todos los ángeles y santos y la veía padecer tormentos nunca antes conocidos. ¡Cuál no sería la aflicción de esa Madre que tenía ante sus ojos semejante Hijo tan injustamente atormentado sin poder prestarle el menor alivio! Ciertamente es una cruz tan pesada que no hay espíritu capaz de comprenderla. Es una cruz reservada a la gracia, al amor y a las virtudes heroicas de una Madre de Dios.

De nada le servía a ella ser inocente y

ser Madre de Dios para evitar tan gran tormento. Al contrario, su hijo no permitió que criatura alguna ni aún los que le crucificaban tuviesen la osadía de hacerle afrenta alguna; porque deseando hacerla semejante a Él, como el amor era la primera y principal causa de sus sufrimientos y de su muerte, quería también que el amor que tenía por ella como a Madre suya y el amor que ella le tenía como a Hijo suyo fueran la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida así como al comienzo había sido el origen de sus alegrías.

El Hijo de Dios desde su cruz veía las angustias y desolaciones del Corazón de su santa Madre; escuchaba sus suspiros, percibía sus lágrimas y el abandono en que se hallaba y en el que permanecería después de su muerte; todo ello era nueva tortura y nuevo martirio para el divino Corazón de Jesús. De suerte que aquí nada faltaba de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre: por eso algunos piensan que cuando el Salvador habló estando en la cruz a su dolorida Madre, no quiso llamarla MADRE para no extremar su desolación y aflicción. Le dijo sólo palabras que le mostraran que no

la había olvidado y que la socorría en su abandono en la manera ajustada a la voluntad del Padre, dándole por hijo a su discípulo amado con estas palabras: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* y al discípulo: *Ahí tienes a tu Madre*[1]. En consecuencia Juan permaneció al servicio de la Reina del cielo, la honró como a Madre y Señora suya y consideró el servicio que le prestaba como el más insigne favor que podía recibir de su Maestro en este mundo.

Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de San Juan porque él los representaba a todos al pie de la cruz y nuestro Salvador los veía a todos en su persona. Y al dirigirse a él hablaba a todos en general y a cada uno en particular para decirles: *Ahí tienes a tu Madre*. Os doy mi Madre para que sea vuestra Madre y os doy a ella para que seáis sus hijos. ¡Cuán agradecidos debemos estar a la bondad inefable de nuestro Salvador! Nos dio a su Padre por Padre nuestro y a su santa Madre para que no tengamos sino un mismo Padre y una misma Madre con Él. ¡No éramos dignos de ser los

1. Juan 19,26-27.

esclavos de esa gran Reina y nos ha hecho sus hijos! ¡Cuánto respeto y sumisión debemos a semejante Madre! ¡Cuánto celo y afecto para servirla! ¡Con qué cuidado debemos imitar sus virtudes, para demostrar que existe parecido entre la Madre y los hijos!

Esa bondadosa Madre recibió gran consuelo cuando oyó la voz de su amado Hijo; en esa última hora cualquier palabra de un hijo o de un amigo verdadero es reconfortante y consoladora. Y como esos dos Corazones se entendían perfectamente entre sí, la santa Virgen aceptó gustosa a San Juan como hijo y en él a todos los pecadores, sabiendo que esa era la intención de su Jesús. Dado que Él moría por ellos y que sus pecados eran la causa de su muerte quiso en esa última hora quitarles la desconfianza que podrían albergar hacia Él, al ver los grandes tormentos causados por sus pecados; con este fin les dio a su santa Madre, el ser que más estimaba, y que más poder tenía sobre Él para que por su intercesión y protección tuviéramos la confianza de que seríamos bien recibidos y acogidos por su divina Majestad.

No se puede tampoco dudar del amor in-

concebible de esta Madre de bondad por los pecadores puesto que al alumbrarlos espiritualmente al pie de la cruz sufrió dolores increíbles que no experimentó en el alumbramiento virginal de su Hijo y de su Dios.

Todas estas cosas muestran claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracia, en bendición, en beneficios inmensos para los pecadores. Por eso cuánta obligación tenemos de honrar, amar y alabar a estos dos Corazones de Jesús y de María, de emplear toda nuestra vida en servirlos y glorificarlos y de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus virtudes. Porque es imposible agradecerles si tomamos caminos distintos de lo que ellos recorrieron.

Capítulo VI

Ejercicios de amor y de piedad sobre los dolores del Corazón de Jesús y del Corazón de su santa madre

Bondadoso Jesús, Cordero inocentísimo, que sufres tantos tormentos en tu cruz y que

contemplas el Corazón virginal de tu querida Madre sumergido en un océano de dolores, enséñame a acompañarte en tus sufrimientos y a tomar parte en tus aflicciones.

¡Qué espectáculo tan doloroso contemplar a estos dos Corazones de Jesús y de María, tan santos e inocentes, tan llenos de gracia y perfecciones, tan encendidos en el divino amor y tan unidos entre sí, tan afligidos el uno por el otro! El Corazón sagrado de la Madre de Jesús siente vivamente los tormentos inmensos de su Hijo y el Hijo único de María está totalmente compenetrado con los dolores incomparables de la Madre. La Oveja inmaculada y el inocente Cordero se llaman mutuamente; el uno llora por el otro; el uno sufre por el otro y siente como propia la angustia del otro; y entre más puro y ardiente es el amor recíproco más sensibles y acuciantes son los dolores.

¡Oh corazón endurecido! ¿Cómo es que no te deshaces en lágrimas al ver que eres tú la causa de esos sufrimientos inenarrables? ¡Nada han hecho ellos para merecer tantos quebrantos! Eres tú, pecador miserable, y tus odiosos pecados, los verdugos de estos santos Corazones. Perdo-

nadme, Corazones benignísimos, descargad sobre mí la venganza de que soy digno y puesto que las criaturas os obedecen, ordenadles que me castiguen como lo merezco. Pero enviadme vuestras pesadumbres para que habiendo sido la causa de ellas os ayude a llorar y sentir lo que os he hecho padecer. ¡Oh Jesús, amor de mi corazón, oh María, consuelo de mi alma, tan semejante al Hijo, imprimid en mi corazón desprecio y aversión por los placeres de esta vida que vosotros habéis pasado en la aflicción. Puesto que os pertenezco y soy de vuestra casa y servidor vuestro, no permitáis que busque placer en este mundo sino en aquello que causa el vuestro. Haced que lleve siempre vuestros dolores en mi alma y coloque mi gloria y mis delicias en estar crucificado con Jesús y María.

¿Cómo es, sacratísima Virgen, que todas tus alegrías se han cambiado en tristezas? Si fueran semejantes a las del mundo, hubieran sido explicables estos cambios. Pero tú, Reina de los ángeles, no has buscado deleite fuera de las cosas divinas. Dios solo era el dueño de tu Corazón y nada podía contentarte sino lo que de Él venía o a Él te conducía. Tuviste el gozo de ser Madre

de Dios, de llevarlo en tus entrañas, de verlo nacido y adorado por los ángeles, por los pastores y los magos, de hacerlo descansar en tu regazo y sustentarse de tu leche virginal, de servirlo con tus manos, de ofrecerlo al Padre eterno en el templo, de verlo reconocido y adorado por el justo Simeón y la profetisa Ana. Todas tus alegrías durante los treinta años que viviste con Él eran divinas, interiores y espiritualmente comunicadas por Él mismo. Eran arrebatos, elevaciones espirituales y éxtasis con los que tu alma santa, encendida por el amor del amabilísimo Jesús, tu Hijo y tu Dios, te elevaba y te transportaba en su divina majestad. Y por estar constantemente unida y transformada en Él ella recibía mayores favores que todas las jerarquías del cielo, pues su amor sobrepasaba el de todos los serafines. ¡Oh Reina de los ángeles ¿Qué podía haber en deleites, tan puros y santos, para que se cambiaran en amarguras? ¿La miseria y el castigo de los pobres hijos de Eva, desterrados del paraíso, en cuyos pecados ninguna parte tuviste, porqué tenían que alcanzarte a Ti? Este destierro no pudo, pues, dejar de ser para ti, tierra de aflicciones y valle de lágrimas.

¡Oh pobre pecador que crees encontrar placer en esta vida que no tiene sino deleites falsos y engañosos, mira los sufrimientos del Rey y de la Reina del cielo, y muérete de vergüenza por los desórdenes de tu vida y por la gran repugnancia que sientes por las cruces. Toda la vida de Jesús que es la inocencia misma es un sufrimiento continuado; toda la vida de María, la santa e inmaculada, es una pequeña cruz. ¡Y tú, pecador miserable, que mil veces has merecido el infierno buscas placeres y consuelos!

Durante el tiempo en que viviste con tu Hijo, Tú, Reina de los ángeles, estuviste esperando los dolores que te anunció Simeón, pesadumbres sin igual pues la grandeza de tu amor era la medida de tus padecimientos. Al llegar el tiempo de su Pasión, ese amable Salvador se despide de ti para enfrentarse al sufrimiento, dándote a conocer que era: Voluntad de su Padre que Tú lo acompañaras al pie de la cruz y que tu Corazón fuera traspasado por la espada del dolor. San Juan te advirtió que había llegado el tiempo en que el divino Cordero debía ser inmolado y tú saliste de tu casa, bañando las calles de Jerusalén con tus lá-

grimas. Encuentras a tu Hijo en medio de una jauría de lobos y leones que rugían contra Él y gritaban: *¡Fuera, fuera, crucifícalo!*[1]. No lo ves ahora adorado por los ángeles ni por los magos sino expuesto al pueblo como rey de burlas, blasfemado, deshonrado, condenado a muerte, con la cruz sobre los hombros, conducido al Calvario adonde tú lo acompañas bañada en lágrimas y presa de torturas inmensas.

Oyes los martillazos que lo fijan en la cruz y que te traspasan el Corazón. Sufres tormentos indecibles mientras le llega la hora dolorosa en que lo veas crucificado. Lo ves levantado en alto entre gritos y blasfemias y tu sangre se te hiela en las venas. Pasan esas horas lacerantes al pie de la cruz, escuchando las atroces injurias que esos pérfidos descargan sobre tu Cordero y viendo los terribles tormentos que le hacen padecer hasta que lo ves expirar en medio de tantos oprobios y suplicios.

Luego te lo colocaron muerto entre tus brazos para que envolvieras su cuerpo en una sábana y lo sepultaras. Y que así como

1. Juan 19,15.

en su nacimiento le prestaste los primeros cuidados también ahora le procurarás los últimos servicios pero con dolores y angustias tan acuciantes y con desolaciones que penetraban de tal manera tu Corazón maternal que para entenderlo sería necesario comprender el exceso del amor casi infinito que tienes a tu Hijo. Todo te afligía. Para cualquier parte que volvieras la mirada sólo veías motivos de desolación y de lágrimas. Tu Corazón maternal estaba lacerado por otras tantas llagas sangrientas y dolorosas que tu amado Jesús sufría en su cuerpo y en su Corazón.

Es verdad que tu fe en nada mermó y que tu obediencia mantenía tu Corazón perfectamente ajustado a la Voluntad divina. No dejabas por ello de sufrir dolores inconcebibles lo mismo que tu Hijo amado, a pesar de su perfecta sumisión a las disposiciones de su Padre. Finalmente aquel corazón que tenga menos amor que el tuyo jamás podrá comprender lo que sufriste en esos momentos.

Cuando tus fieles servidores y verdaderos amigos consideran estas cosas se anegan en llanto y se llenan de dolor viendo cómo tus divinos gozos se truecan en crue-

les torturas y cómo tu santísima inocencia padece pesares tan inhumanos. Si para consolarte pudieran conducirse y volverse añicos lo harían gustosos. ¡Oh qué sangriento martirio para el Corazón de tu divino Cordero, el Hijo único de Dios y tuyo, al ver claramente los dolores que penetraban en tu Corazón, el abandono en que te encontrabas, las angustias que su ausencia te iba a causar!

¿Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, cómo es que tienes estos dos Corazones crucificados de esta manera? ¿Cómo es que no prestas ayuda a tu Hijo único y a tu amada Hija y humilde esclava? ¿Por qué invalidas con ellos la ley que diste de no sacrificar sobre tu altar, en un mismo día, al cordero y a su madre? Pero he aquí que en el mismo día y a la misma hora, en la misma cruz y con los mismos clavos, has clavado al Hijo único de María y al Corazón virginal de su Madre inocente. Te importan acaso, más las ovejas irracionales que no deben ser sacrificadas en el mismo momento en que están afligidas por la pérdida de sus corderos, que esta Virgen purísima, agobiada de esa manera por los dolores y muerte de su divino Cor-

dero? Pero es que Tú quieres que ella no tenga otro verdugo de su martirio distinto del amor por su Hijo único, ni que entre tan crueles suplicios, el espectáculo de los sufrimientos de esa Madre faltara a ese Hijo para acabar de afligirlo y atormentarlo. Que se tributen bendiciones y alabanzas inmortales al amor incomprensible que tienes a los pecadores.

¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, divina luz de mi alma! Te pido, por el amor infinito que tienes por mí que ilumines mi espíritu con tu verdad, que destierres de mi corazón el deseo de los consuelos de esta vida y coloques en cambio el deseo de sufrir por tu amor ya que tu amor ha sido el causante de tus tormentos y que el amor que sientes a tu santa Madre y que ella tiene por ti ha sido la fuente de ese mar de tribulaciones.

¡Qué ciego soy si pienso que puedo agradarte caminando por otro camino! ¿Hasta cuándo me estaré escapando de ti? ¿Hasta cuándo este hombre de barro se resistirá a compartir tus divinos sentimientos? ¿Para qué quiero la vida si no es para emplearla en tu compañía como tu santa Madre puesto que entregas la tuya por mí en

la cruz? ¡Oh mi divina Sabiduría, que tu luz celestial me guíe por doquiera, que la fuerza de tu amor me posea en plenitud y obre en mí los cambios que Él realiza en los corazones de cuantos le obedecen! Me ofrezco y me doy todo a ti; haz, Señor, que lo haga con corazón puro y total. Quítame el gusto de todas las cosas menos el de amarte y sufrir contigo.

Dios de mi corazón, te adoro y te doy gracias porque has trocado en mi provecho los dolores que experimentaste a la vista de los de tu santa Madre al dármela por Señora y Madre, demostrándome que me amas tanto que deseas que ella me ame como a hijo en lugar tuyo y que en calidad de tal tenga compasión de mí, que me asista, favorezca, proteja, guarde y dirija como a hijo suyo. Tal vez, Redentor mío, no encontraste mejor consuelo para tu santa Madre que darle hijos malos y pecadores, para que ella ejerciera su poder y su caridad en procurar su conversión y su salvación. Que seas bendito y alabado por siempre por haber querido que nada se perdiera sino que todo contribuyera a remediar mis males y colmarme de bienes. No permitas, caritativo médico mío, que entre tantos remedios yo ca-

rezca de medicina. Acéptame como tuyo y haz que yo sea digno servidor y verdadero hijo de esta Reina y Madre.

Sacratísima Madre de Dios, acuérdate de que los dolores que no tuviste en el alumbramiento virginal de tu Hijo único se redoblaron al pie de la cruz en el parto espiritual de los pecadores cuando los recibiste por hijos tuyos. Y puesto que te he costado tanto recíbeme en esa calidad, a pesar de mi indignidad; haz conmigo el oficio de madre; protégeme, asísteme y condúceme en todo. Y alcánzame de tu Hijo la gracia de que este indigno hijo tuyo no se pierda. Ciudadanos del cielo, frutos benditos de las entrañas espirituales del Corazón maternal de la purísima Virgen, rogadle que sea siempre mi madre benigna y me alcance de Jesús que yo ame fielmente al Hijo y a la Madre en este mundo y me cuente en el número de los que los bendecirán y amarán eternamente en el otro. Amén.

Capítulo VII

El divino Corazón de Jesús es una hoguera de amor a la Iglesia triunfante, militante y sufriente

Este Corazón adorable es de verdad una hoguera del divino amor que esparce sus ardores en todas las direcciones, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. En el cielo en la Iglesia triunfante, en la tierra en la militante, y en el purgatorio en la sufriente y, en cierto modo, en el infierno.

Si levantamos los ojos y el corazón al cielo, hacia la Iglesia triunfante, veremos un ejército innumerable de santos, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y bienaventurados. Todos esos santos son otras tantas llamas de la hoguera inmensa del Corazón divino del Santo de los santos. Porque el amor de ese Corazón los hizo nacer en la tierra, los iluminó con la luz de la fe, los hizo cristianos, les dio la fortaleza para vencer al demonio, al mundo, y a la carne; los embelleció con todas las virtudes, los santificó en este mundo y los glorificó en el otro; encendió en sus corazones el amor a Dios, colmó sus labios

de sus alabanzas; ese amor es la fuente de todo lo grande, santo y admirable que hay en ellos. ¿Por eso si celebramos en el curso del año tantas fiestas en honor de esos santos cuánta solemnidad no merece el divino Corazón que es el principio de cuanto hay de noble y glorioso en todos ellos?

Bajemos a la tierra y miremos lo más digno y grande de la Iglesia militante. ¿No son acaso los sacramentos? El Bautismo nos hace hijos de Dios; la Confirmación nos da el Espíritu Santo; la Penitencia borra nuestros pecados y nos restablece en la gracia con Dios; la Eucaristía nos alimenta con la Carne y la Sangre del Hijo de Dios y nos hace vivir de su vida; el Matrimonio da hijos a Dios para que lo sirvan y honren en la tierra y lo amen y glorifiquen por siempre en el cielo; el Orden da a la Iglesia sacerdotes que continúen las funciones del Sumo Sacerdote y cooperen con Él en la salvación del mundo; la Unción de los enfermos nos fortalece a la salida de este mundo contra los enemigos de nuestra salvación.

Todos estos sacramentos son otras fuentes de gracia y santidad que nacen del océano inmenso del Corazón de nuestro Salvador; las gracias que de ellos dimanan son